

Angel ha dado con su cincel á Moisés ; ménos que un Dios, mas que un hombre, ¡ un profeta ! Sus manos y sus piés, siempre desnudos, eran anchos, musculosos, oprimiendo bien la arena con el dedo pulgar del pié, sujetando bien el sable con el dedo pulgar de la mano. Un cutis fino, blanco, colorado en las mejillas, dejaba ver la red de venas llenas de una sangre tranquila, aunque generosa. Su pecho, sin vello, respiraba con amplitud. Su voz grave y vibrante, resonaba allí como en una bóveda llena de ecos. Sus ojos eran negros, penetrantes, húmedos á menudo de leite, con mas frecuencia todavía de entusiasmo. Su barba era negra, pobre y sin ondas como sus cabellos ; su boca grande, pero habitualmente cerrada, parecia cortada para sellar los misterios ó para derramar las inspiraciones sobre el pueblo, como todos los hombres que conversan muchas veces con el mundo superior, y que respetan en ellos el instrumento de la inspiracion. En su sonrisa habia mas indulgencia que alegría. Una gravedad compasiva era la expresion habitual de su fisonomía. Sin embargo, amaba, como se ha visto, á los jóvenes, á las mujeres, á los niños, todo lo que era en la naturaleza bello é inocente. La belleza reinaba en sus sentidos, y los deleites eternos no se presentaban á su imaginacion mas que bajo las facciones de la mujer.

Los ángeles mismos de su paraíso eran apariciones femeninas. Sin embargo no ha inventado él, como se ha creído, las huris, esas vírgenes del paraíso musulman. Las huris, ángeles femeninos, eran ántes de su época una voluptuosa supersticion de los árabes.

Excepto el invencible atractivo que ejercia en él la hermosura de sus esposas, atractivo que le hizo olvidar la santidad de la union de los sexos en su ley, su vida era sobria, austera, casi ascética, llena de meditaciones, de ayunos, de abstinencias, de oraciones, de presencia de Dios, de atencion á sus pasos, de asistencia al templo, de abluciones molestas, de prosternamiento en el polvo, de predicaciones al pueblo ; no afectaba en sus relaciones con el mundo ninguna superioridad mas que la de la santidad profética. Nada revelaba en él al soberano ni al conquistador ; todo era de un apóstol.

Sus vestidos eran los del pobre : tosca tela de lana de carnero, cinturones de cuerdas trenzadas de pelo de camello ; no admitia, como muestra de lujo y orgullo los turbantes de algodón blanco de las Indias, que usaban sus guerreros. Se sustentaba con dátiles y leche de sus ovejas, que ordeñaba á veces él mismo ; no echaba mano de su esclavo para los mas molestos servicios domésticos sino en muy raras ocasiones : él iba á sacar el agua del pozo, barria y lavaba el pa-

vimiento de su casa; sentado en el suelo sobre su estera, componía él mismo sus sandalias y sus vestidos viejos. Su único refinamiento consistía en la limpieza del cuerpo, de la que ha hecho en el Coran una imagen de la pureza del alma; peinaba su barba con cuidado; se teñía de negro las cejas y las pestañas; se pintaba las uñas con el *henné*, color que da un reflejo de púrpura á los dedos de los piés y de las manos de las mujeres árabes. En lugar de espejo se servía de un pozal de agua, en la que se miraba para arreglar con decencia los pliegues de su turbante. No atesoraba: distribuía el producto del diezmo que había impuesto á los bienes y á los despojos entre sus guerreros y los indigentes. Daba á guardar á las manos y al corazón de los pobres cuanto recibía, como á depositarios encargados de devolvérselo todo en el cielo.

Las avenidas de su casa, los pórticos adyacentes á la mezquita, los patios del edificio eran un vasto hospicio en donde los pobres, las viudas, los huérfanos, los enfermos iban á esperar su sustento ó su curación. Llamábanlos los *huéspedes del banco*, porque pasaban su vida sentados ó tendidos en los bancos de la morada del profeta. Mahoma los visitaba todas las tardes, los consolaba, los vestía, los alimentaba con su cebada ó sus dátiles. Llevaba

diariamente á su casa á cierto número de ellos para que comieran en su compañía. Distribuía á los demás, como huéspedes de Dios, entre sus mas ricos discípulos. Su urbanidad con los hombres de toda condicion que se dirijian á él, era dulce y respetuosa. Nunca, dice Abulfeda, soltaba el primero la mano de los que le estrechaban la suya al saludarlo. Jugaba, como se refiere de Enrique IV (1), con los niños de Alí, marido de su hija Fátima, á falta de los suyos. Habiéndose subido sobre su espalda uno de aquellos pequeñuelos de tierna edad, llamado Houssein, cuando estaba prosternado, con la frente en el polvo, haciendo oracion, el profeta permaneció en aquella actitud para dar gusto al niño, hasta que vino su madre á aliviarlo de aquella carga.

Otro dia que acariciaba sobre sus rodillas á una de sus nietas, lo sorprendió un árabe idólatra del desierto en este entretenimiento. «¿Qué ovejuela es esa que de tal suerte la acaricias con tus labios? ¡ó profeta! le dijo con ruda chanza el bárbaro; yo he tenido en mi casa muchas de esas ovejas, pero á todas las he enterrado vivas sin que las hayan tocado mis labios. — ¡Miserable! le contestó Mahoma, indignado contra aquella infame práctica de los beduinos respecto de

(1) Rey de Francia.

(N. del T.)

sus hijas; ¡ preciso es que tu corazón se vea privado de todo sentimiento natural! ¡ Tú no conoces el deleite mas suave que le ha sido concedido al hombre! »

Con frecuencia decia : « Las cosas de este mundo que mas lisonjean mi corazón y mis sentidos son los niños, las mujeres y los perfumes ; ¡ pero no he gozado de felicidad completa mas que en la oración ! »

Dió derecho de propiedad á las mujeres, privadas hasta entónces de todo derecho y de toda posesion en la union conyugal. Legó las viudas á los hijos. « ¡ Un hijo, dice el Coran, gana el paraíso á los piés de su madre! » Su rebaño de camellos y su rebaño de ovejas, único patrimonio suyo se convirtieron á su muerte en propiedad comun, con la obligacion de que el tesoro público diera una pensión alimenticia á sus viudas y á sus sirvientes. « Un profeta, dice, no deja herencia á su familia sobre la tierra. ¡ Sus bienes pertenecen á la nacion ! »

XCIV

Tales fueron la vida, la mision y la muerte de Mahoma.

Nunca se propuso un hombre voluntaria ó involuntariamente un fin mas sublime, puesto que este fin era sobrehumano; minar las supersticiones interpuestas entre la criatura y el Criador, restituir el hombre á Dios, y Dios al hombre, restablecer la idea racional y santa de la divinidad en este caos de dioses materiales y desfigurados de la idolatría.

Nunca emprendió hombre alguno con tan débiles medios, cosa tan desproporcionada con las fuerzas humanas, puesto que no ha tenido para llevar á cabo obra tan grande mas instrumento que él mismo, ni mas auxiliares que un puñado de bárbaros en un rincón del desierto.

En fin ningun hombre consumó en ménos tiempo una revolucion tan inmensa y duradera en el mundo, supuesto que, dos siglos despues de su predicacion, el islamismo predicado y armado reinaba en las tres Arabias, extendia la unidad de Dios en la Persia, el Khorasan, la Transoxiana, la India occidental, la Siria, el Egipto, la Etiopia, todo el continente conocido del Africa septentrional, muchas de las islas del Mediterráneo, la España y parte de las Galias.

Si la magnitud de la empresa, la pequeñez de los medios, la inmensidad de los resultados son las tres medidas del genio del hombre, ¿ quién se atreverá á comparar humanamente á un grande hombre de la

historia moderna con Mahoma? Los mas afamados no han removido mas que armas, leyes, imperios; ellos no han fundado (si es que han fundado algo) mas que poderes materiales que se han desplomado con frecuencia ántes de caer ellos mismos. Aquel ha removido ejércitos, legislaciones, imperios, pueblos, dinastías, millones de hombres en una tercera parte del globo habitado; pero además de esto ha removido altares, dioses, religiones, ideas, creencias, almas; ha fundado, en un *libro* del que cada letra es una ley, una nacionalidad espiritual que reúne pueblos de diversas lenguas y raza, y ha impreso, como carácter indeleble de esta nacionalidad musulmana, el ódio á los falsos dioses, y la pasion del Dios único é inmaterial. Este patriotismo vengador de las profanaciones del cielo fué la virtud de los hijos de Mahoma; la conquista de la tercera parte de la tierra para su dogma fué su milagro, ó por mejor decir no fué milagro de un hombre, lo fué de la razon. La idea de la unidad de Dios, proclamada contra las teogonías fabulosas, tenia en sí misma tal virtud, que al salir de sus labios incendió todos los templos envejecidos de los idolos y alumbró con sus resplandores un tercio del mundo.

XCV

¿Era este hombre un impostor? Nosotros no lo juzgamos así despues de haber estudiado su historia. La impostura es la hipocresía de la conviccion. La hipocresía no tiene el poder de la conviccion, como no tiene jamás la mentira el poder de la verdad.

Si la fuerza de proyeccion es en la mecánica la medida exacta de la fuerza de impulsión, del mismo modo la acción es en la historia la medida de la fuerza de inspiración. Un pensamiento tan elevado, tan extenso y duradero, es un pensamiento muy fuerte; para que sea tan fuerte, es preciso que haya sido hijo de la sinceridad y del convencimiento. La única impostura de Mahoma fué su inspiración interior. En él habia dos hombres, el inspirado de la razon y el visionario del éxtasis. Las inspiraciones del filósofo fueron secundadas sin que él se apercibiera, por las visiones del doliente. Sus sueños, sus delirios, sus desvanecimientos, durante los cuales su imaginación atravesaba el cielo y con-

versaba con seres imaginarios, le causaban á él mismo las ilusiones que comunicaba á los otros. Lo demás fué inventado por la credulidad árabe.

Pero su vida, su recogimiento, sus blasfemias heroicas contra las supersticiones de su país, su audacia en afrontar los furores de los idólatras, su constancia en soportarlos quince años en la Meca, su aceptación del papel de escándalo público y casi de víctima entre sus compatriotas, su fuga en fin, su incesante predicación, sus guerras desiguales, su confianza en el triunfo, su tranquilidad sobrehumana en los reveses, su longanimidad en la victoria, su ambición puramente ideal, y de ningún modo de imperio, sus constantes oraciones, su conversación mística con Dios, su muerte y su triunfo después de yacer en el sepulcro, atestiguan una convicción más bien que una impostura. Y esta convicción fué la que dió el poder necesario para restaurar un dogma. ¡Este dogma era doble; la unidad y la inmaterialidad de Dios; el uno afirmando lo que es Dios, el otro diciendo lo que no es; el uno derribando con el sable los dioses falsos, el otro inaugurando con la palabra una idea!

¡Filósofo, orador, apóstol, legislador, guerrero, conquistador de ideas, restaurador de dogmas racionales, de un culto sin imágenes, fundador de veinte

imperios terrestres y de un imperio espiritual, eso fué Mahoma!

Aplicándole todas las medidas que determinan la grandeza humana, ¿qué hombre se levantó tanto?

¡Mas grande solo es aquel que, proclamando ántes el mismo dogma, promulgó al mismo tiempo una moral más pura, aquel que no apoyó con las armas la palabra, única espada del espíritu, aquel que derramó su sangre en vez de derramar la de sus hermanos, aquel que fué mártir en lugar de ser conquistador. Pero los hombres han juzgado á aquel demasiado grande para ser medido con la medida de los hombres, y si su naturaleza humana y su doctrina lo han hecho profeta, aun entre los incrédulos, su virtud y su sacrificio lo han hecho Dios!